



MARY
TORJUSSEN

DURMIENDO
ENTRE
MENTIRAS

«Más adictivo que *La chica del tren*.»

Publishers Weekly

«Original y muy inteligente. No te lo pierdas.»

Shari Lapena, autora del bestseller *La pareja de al lado*.

MARY TORJUSSEN

DURMIENDO
ENTRE
MENTIRAS

Traducción de Isabel Murillo

mr̄ ediciones martínez roca

Título original: *Gone Without a Trace*

© Mary Torjussen, 2016, 2017

© por la traducción, Isabel Murillo, 2020

© Editorial Planeta, S. A., 2020

Avda. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)

Primera edición: marzo de 2020

ISBN: 978-84-270-4706-8

Depósito legal: B. 2.915-2020

Composición: Realización Planeta

Impresión y encuadernación: Liberdúplex, S.L.

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal). Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Aquel día recorrí el camino de acceso a mi casa cantando. Cantando de verdad. Al pensarlo ahora, me pongo enferma. Había estado en un curso de formación en Oxford y me había marchado de Liverpool al amanecer, a las seis de la mañana, para volver a última hora de la tarde. Trabajo como directiva en una importante asesoría contable, y cuando aquel día llegué a la recepción de nuestra sede central y me registré, eché un rápido vistazo a la lista de asistentes de otras sucursales y reconocí varios nombres. A pesar de que no los conocía personalmente, sí había leído sobre ellos en los boletines de noticias internos y sabía que eran peces gordos. Fue entonces cuando caí en la cuenta de que la compañía debía de pensar lo mismo de mí.

La idea me provocó un cosquilleo de emoción, pero hice un esfuerzo por no mostrar mis sentimientos y relajé las facciones hasta adoptar esa máscara de serenidad que con tanta asiduidad había puesto en práctica en los últimos años. Al entrar en la sala de conferencias, vi que todo el mundo estaba charlando en corrillos, igual que viejos amigos. Su aspecto era refinado y profesional, como si estuvieran acostumbrados a aquel tipo de actos, y al instante me alegré de haberme gastado una fortuna en ropa, peluquería y manicura. Una de las mujeres llevaba un traje chaque-

ta de Hobbs idéntico al mío aunque, por suerte, de diferente color; otra lanzó una mirada codiciosa al bolso Mulberry de color chocolate que mi novio, Matt, me había regalado por Navidad. Respiré hondo; parecía una más. Sonreí a la persona que me quedaba más cerca, le pregunté en qué sucursal trabajaba y con eso bastó: pasé a formar parte del grupo y mis nervios quedaron rápidamente olvidados.

Por la tarde nos propusieron realizar un trabajo en equipo y, al acabar, el mío me eligió para presentar nuestras conclusiones a todos los asistentes. Estaba aterrada y pasé el tiempo que nos dieron de pausa en un rincón, memorizando como una loca mi discurso mientras los demás permanecían sentados charlando, pero creo que lo hice bien. Terminada la presentación, me relajé y fui capaz de responder a todas las preguntas sin problemas, anticipando además preguntas adicionales de seguimiento. Con el rabillo del ojo, vi que Alex Hughes, uno de los socios de la empresa, iba asintiendo al oírme hablar y que, en un momento dado, tomaba nota de alguna cosa que yo decía. Y luego, mientras los demás recogían las cosas para marcharse, me llamó para hablar en privado conmigo.

—Hannah, tengo que decirte que lo has hecho muy bien —dijo—. Llevamos ya un tiempo observando tu trabajo y estamos increíblemente satisfechos de tus avances.

—Gracias.

Y justo entonces, se sumó a nosotros Oliver Sutton, el gerente de la firma.

—Buen trabajo, Hannah. La presentación ha sido excelente. Cuando Colin Jamison se marche en septiembre, creo que estarás muy bien situada para obtener un ascenso a directora. Serías la más joven de tu sucursal en llegar a este puesto, ¿no?

No sé qué respondí. Me quedé sorprendidísima al oírle decir eso; era como si uno de mis sueños se hubiera hecho realidad.

Naturalmente, conocía a la perfección la edad en que habían ascendido a su cargo los distintos directores porque había consultado sus biografías en la página web de la firma. Yo tengo treinta y dos, y sabía que al más joven lo habían nombrado con treinta y tres. Y últimamente aquello había contribuido a dar un lustre especial a mi trabajo.

La organizadora del acto se acercó entonces para hablar con ellos. Me sonrieron y me estrecharon la mano antes de atenderla. Yo caminé con toda la tranquilidad que me fue posible hasta los servicios y me encerré en uno de los cubículos. A punto estuve de gritar de placer. Llevaba años trabajando para aquello, desde que acabé la universidad y empecé como adjunta en la compañía. Nunca había trabajado tan duro como en este último par de años y, por lo que parecía, el esfuerzo había dado sus frutos.

Cuando salí del baño, vi en el espejo que tenía la cara sonrosada, como si me hubiese pasado el día entero al sol. Saqué el neceser de maquillaje e intenté reparar los daños, pero mis mejillas insistían en resplandecer de orgullo.

Todo iría bien.

Busqué el teléfono en el bolso con la intención de enviarle un mensaje a Matt, pero justo en aquel momento entró en los servicios la directora de recursos humanos y me sonrió, de modo que le devolví la sonrisa, la saludé con un leve movimiento de cabeza y, en vez del teléfono, saqué el cepillo para arreglarme un poco el pelo. No quería que viese que estaba entusiasmada, que sospechase que a lo mejor no me veía a mí misma como merecedora de aquel ascenso.

No me apetecía quedarme allí mientras ella iba al baño, así que volví a la sala de conferencias para despedirme de la gente. Decidí que se lo contaría a Matt personalmente; me moría de ganas de ver la cara de alegría que pondría. Matt sabía lo mucho que yo deseaba aquel ascenso. Aún era muy pronto para celebrar

nada, por supuesto —de hecho, ni siquiera me habían promocionado todavía—, pero estaba segura de que Oliver Sutton no lo había dicho a la ligera. Cuanto más pensaba en sus palabras, más orgullosa me sentía.

Y entonces, en el coche, antes de ponerme en marcha, pensé en mi padre y en lo contento que se pondría. Aunque sabía que se enteraría por mi jefe, George, puesto que jugaban juntos al golf, quería ser la primera en decírselo. Le envié un mensaje de texto:

¡Papá, acabo de salir de un curso de formación y me ha dicho el gerente que están planteándose ascenderme a directora en pocos meses! ¡Besos!

Recibí su respuesta en cuestión de segundos:

¡Ésa es mi chica! ¡Bien hecho!

Me sonrojé de placer. Mi padre es propietario de un negocio y siempre ha dicho que lo que más desea para mí es que sea una persona de éxito. Por lo que a mi carrera profesional se refiere, siempre ha sido mi mejor apoyo, por mucho que pueda llegar a resultar estresante cuando se pone a pensar que no están ascendíendome a la velocidad que a él le gustaría. Enseguida sonó el pitido anunciando la entrada de otro mensaje.

Te pondré un regalito en la cuenta.
¡Para que lo celebres!

Puse mala cara. No se lo había dicho por eso. Le respondí rápidamente:

No, papá, no hace falta. Sólo quería contarte cómo iba todo. Díselo a mamá, ¿vale? Besos.

Otro mensaje:

¡Tonterías! El dinero siempre va bien.

Sí, el dinero siempre va bien, pero una llamada sería aún mejor, pensé, aunque luego me dije que había que ser práctica, y puse el coche en marcha.

Tenía por delante un trayecto de vuelta a casa de trescientos treinta kilómetros y lo hice sin paradas. Vivo en la península de Wirral, en el noroeste de Inglaterra, justo delante de Liverpool, en la otra orilla del río Mersey. A pesar del tráfico habitual, era un recorrido fácil por autopista. El viaje transcurrió en un abrir y cerrar de ojos. Estaba tan excitada que no paré de contonearme con nerviosismo en el asiento mientras ensayaba lo que contaría a Matt y cómo se lo diría. Pensé que me gustaría ser capaz de mantener la calma y mencionárselo como aquel que no quiere la cosa cuando me preguntara qué tal me había ido el día, pero sabía que se lo soltaría nada más verlo.

Cuando llegué a Ellesmere Port, a unos veinticinco kilómetros de casa, vi el cartel de Sainsbury's brillando a lo lejos y en el último momento puse el intermitente para tomar la salida. Era una noche para celebrarlo con champán. Entré en la tienda y elegí una botella de Moët, pero entonces dudé y cogí otra más. Una nunca es suficiente cuando tienes un notición como ése y, además, era viernes: al día siguiente no había que ir a trabajar.

Una vez reincorporada a la autopista, me imaginé la reac-

ción de Matt cuando le diera la noticia. No tendría que exagerar en absoluto. Bastaría con repetir lo que habían dicho Alex Hughes y Oliver Sutton. Matt era arquitecto y tenía una carrera fructífera; entendería lo importante que todo aquello era para mí. Y, desde el punto de vista económico, con mi ascenso me pondría al mismo nivel que él. Sólo de pensar en la escala salarial de los directores me entró un escalofrío. ¡A lo mejor incluso acababa ganando más que Matt!

Acaricié la suave piel de mi bolso.

—Pronto habrá otros como tú, cariño —dije—. Tendrás que aprender a compartir.

Pero no era sólo una cuestión de dinero. Habría estado dispuesta a aceptar un recorte salarial a cambio de ganar estatus.

Bajé las ventanillas y dejé que la brisa cálida me alborotase el pelo. Empezaba a ponerse el sol y el cielo estaba lleno de franjas rojas y doradas. Tenía el iPod programado en modo de reproducción aleatoria y empecé a cantar canción tras canción a pleno pulmón. Cuando sonaron los Elbow con *One Day Like This*, pulsé una y otra vez para que el tema se repitiese hasta llegar a casa. Y cuando llegué, casi tenía fiebre y la garganta dolorida de tanto gritar.

Las farolas de la calle se encendieron para celebrar mi llegada. El corazón me latía acelerado por la emoción y por el acaloramiento que me había provocado la música. Cogí la bolsa con las botellas de champán, que tintinearón con el movimiento, y me preparé para presentarme ante Matt con ellas en plan «¡ta-ta-chán!».

Aparqué en el camino de acceso y salí del coche. La casa estaba a oscuras. Miré el reloj. Eran las siete y veinte de la tarde. Matt me había dicho que llegaría tarde, pero me imaginaba que a estas horas ya estaría de vuelta. Daba igual. Así tendría tiempo para meter un rato las botellas en el congelador y que estuvieran

bien frías. Las guardé de nuevo en la bolsa, cogí el bolso y abrí la puerta.

Palpé la pared en busca del interruptor de la luz del recibidor, lo encendí y me quedé helada. Se me erizó el vello de la nuca.

¿Había alguien en la casa?